

ARTÍCULOS
ACADÉMICOS

Cultura Material y Arqueología de Género: Aproximación Conceptual desde la Aldea Prehispánica Joya de Cerén¹

José Vicente Genovez Castaneda²

Universidad de El Salvador

*A la memoria de Petrona Méndez, Nana Tona,
por ofrendarnos tantos años de su larga vida.*

RESUMEN

Las circunstancias ventajosas de Joya de Cerén como una antigua aldea prehispánica “detenida en el tiempo” por condiciones geológicamente violentas, aportan o sugieren muchos más datos que los obtenidos en otros sitios mesoamericanos sobre las relaciones internas entre los miembros de las familias de su tiempo, así como entre éstas y sus vecinas locales, en el valle o a un nivel regional.

La idea es que sus diferentes espacios como unidades de análisis científico permiten una mejor identificación de actividades productivas, de consumo e intercambio - entre otras - generadas por sus habitantes en algún momento del período Clásico (200/300-850/900 d.C.); esto es,

1 Una versión corta de este artículo fue presentada en el MUNA por el autor durante la jornada de ponencias conmemorativas de los 25 años de Joya de Cerén como Patrimonio Mundial de la UNESCO, llevada a cabo en 2018 en la ciudad de San Salvador.

2 El Lic. José Vicente Genovez Castaneda es arqueólogo por la Escuela de Historia de la Universidad de San Carlos de Guatemala. Ha participado en diversos proyectos de la Costa Sur, el oriente y El Petén guatemaltecos, así como en territorio salvadoreño desde hace más de 30 años. Ha sido docente en la carrera de Arqueología de la USAC y Coordinador del Depto. de Arqueología de la desaparecida CONCULTURA en nuestro país. Su trabajo aparece principalmente en artículos de autoría compartida en publicaciones de Guatemala, El Salvador, Estados Unidos, México y Francia. Actualmente es Profesor a tiempo completo en la carrera de Antropología Sociocultural de la Universidad de El Salvador.

comportamiento humano concreto que, manifiesto como un conjunto de indicadores arqueológicos, responde a una determinada formación económico-social de su tiempo.

A pesar de ello, todavía es impreciso el conocimiento que todos estos elementos ofrecen en torno a las relaciones de género entre los antiguos habitantes del sitio. Existen, sin embargo, importantes esfuerzos en Mesoamérica para inferir, desde la arqueología y la antropología, muchos más datos sobre la diferenciación de funciones o actividades de mujeres y hombres, observables en los contextos excavados.

Este breve artículo de revisión bibliográfica debe ser considerado como un ejercicio de aproximación al tema de género en la arqueología de Joya de Cerén.

PALABRAS CLAVES

Joya de Cerén, cultura material, arqueología de género, unidad doméstica, estructura de barro, aldea prehispánica, área de actividad, hombres y mujeres, indicadores arqueológicos, caldera Ilopango, etnoarqueología.

ABSTRACT

The advantageous circumstances of Joya de Cerén as an ancient pre-hispanic village “stopped in time” by geologically violent conditions, provide or suggest much more data than those obtained in other Mesoamerican sites on the internal relations between the members of the families of their time, as well as between them and their local neighbors, in the valley or at a regional level.

The idea is that its different spaces as units of scientific analysis allow a better identification of productive,

consumption and exchange activities - among others - generated by its inhabitants at some point in the Classic period (200/300-850/900 AD); that is, concrete human behavior that manifest as a set of archaeological indicators, responds to a certain socio-economic formation of its time.

Despite this, the knowledge that all these elements offer about gender relations among the ancient inhabitants of the site is still imprecise. There are, however, important efforts in Mesoamerica to infer, from archeology and anthropology, much more data on the differentiation of functions or activities of women and men, observable in the excavated contexts.

This brief bibliographic review article should be considered as an exercise to approach the issue of gender in the archeology of Joya de Cerén.

KEYWORDS

Joya de Cerén, material culture, gender archaeology, domestic unit, clay structure, pre-hispanic village, activity area, men and women, archaeological indicators, Ilopango caldera, ethnoarchaeology.

Chilamates y guarumos señorean entre los pliegues oscuros de los cerros dormidos en las márgenes de Zapotitán. Corren los días de agosto a septiembre; el invierno, copioso y constante, ha bañado con insistencia el joven paisaje, bajo la mirada engañosamente apacible de los grandes macizos volcánicos Quezaltepec y Lamatepec.

El viento murmulla, sutil a su paso, entre los

maizales doblados y las plantaciones de yuca en las parcelas marginales, tímidamente delineadas por guayabos, pitos y capulines. Los magueyales custodian, casi inmóviles y en silencio, los claros aterciopelados por el vaivén de la varabaja y el zacate.

Entre los ríos Sucio y Agua Caliente, semejando un inmenso hormiguero, el centro urbano prehispánico San Andrés se muestra dinámico entre decenas de comunidades dispersas en la llanura. Redes de caminos húmedos y blanquecinos unen el corazón del valle con poblados secundarios y numerosos caseríos, escenarios todos de bullicio humano en esta parte del sureste de Mesoamérica. La vida de grupos mayas tardíos, repoblando este territorio, acontece sin mayores sobresaltos, quizá unos 100 o 150 años después del desastre causado por la erupción de la caldera volcánica del Ilopango, el evento que cambió para siempre la vida de miles de personas en la zona norte de América Central. Todo ocurre en algún momento del siglo VII después de Cristo.

Grandes plataformas de tierra y arcilla sostienen los edificios mayores en la ciudadela, rodeando las plazas y definiendo los espacios públicos. Los templos y palacetes de la élite, algunos en construcción, dominan el núcleo monumental en el paisaje. Muy próximas, cientos de humildes moradas se yerguen en áreas de sostén, donde mujer y hombre comunes se vuelven sabios de la siembra y hábiles con el plantador de palo; expertos en los ciclos del sol y la luna; practicantes del gesto rogatorio frente al fuego, el humo del incienso y la terracota divina transformada en caprichosas figuras humanas.

En el mercado, grupos de hombres y mujeres

permanecen al aire libre, comerciando el grano, la jícara y el petate, mientras sus niños duermen o juegan entre canastos, varas y velachos. En las viviendas, algunas féminas tuercen hilo de algodón, haciendo girar con sus dedos finas varillas de madera, bailando menudos malacates decorados al interior de guacales de morro. En las cocinas, otras deslizan sus manos en la piedra quejumbrosa sobre la horqueta chillona, moliendo maíz cocido en agua cenicienta o quebrando la sustancia del atol. No falta la anciana alfarera, modelando el barro caprichoso con arrugados dedos bajo la endeble chinama doméstica; ni la virtuosa tejedora, sentada sobre sus pies desnudos en el porche de la casa, tirando la lanzadera y tensando la manta que un día ceñirá su piel morena. Escurre el agua por el cuerpo redondo de la tinaja descantillada y el pelo lacio de la moza erguida que le carga, con paso lento y vigoroso, por la senda zigzagueante desde el río hasta su hogar.

Hombres «caminantes», entrando o saliendo en la distancia, recorren largas rutas para traer la obsidiana y el jade, la concha y el pedernal; para llevar el cacao y la sal, la olla monocroma y el cuenco multicolor. Muchachos imberbes cuidan los tiernos frijolares en las milpas sagradas, mientras los viejos sembradores espulgan las mazorcas agachadas y ocultas en la tuza pálida, vislumbrando en sus mentes la tapizca.³ Bajo la sombra de techos entramados, otros varones ajustan los espacios para las trojes donde apiñarán las panojas de la próxima cosecha. En algún rincón del poblado, un hábil artesano pule el hueso del venado convertido en aguja o tuerce la fibra áspera del maguey haciendo pita. Voces de niñas y niños, en urdimbre sonora, fluyen entre el canto burlón del pájaro escondido y su eco

3 Recolección de las mazorcas secas de maíz.

destemplado en las lomas lejanas.

No muy lejos de aquella metrópoli en ciernes, a una legua sobre el rumbo donde nace el sol, habrá de suceder pronto un acontecimiento de antigua y repetida presencia en territorio salvadoreño. En una de tantas aldeas cercanas, decenas de personas deberán trasladarse a otro lugar para sobrevivir a una erupción volcánica local que les tomará por sorpresa y destruirá sus viviendas; que les alejará de la tierra que les ha dado el sustento durante muchos años.

El suelo tiembla. La gente de Joya de Cerén escucha los retumbos que salen de las entrañas de la tierra. Está naciendo un volcán o algo semejante. Ruidos estruendosos llegan desde una hendidura en el campo, al norte, a menos de un kilómetro de distancia. En poco tiempo, las primeras columnas de ceniza infernal han salido de Loma Caldera. Hombres y mujeres toman sus familias y huyen apuradamente de sus hogares por los senderos, dejando atrás el dantesco lugar del suceso.

Mientras tanto, lentas corrientes de lava han iniciado el camino hacia el sur, llegando hasta el Nexapan⁴, que circunda la aldea por su borde noreste. Muy pronto, y al contacto con el agua del río y del subsuelo, las lenguas de magma generan violentas explosiones, produciendo densas olas de gas y oscuro vapor, moviéndose a velocidades que superan fácilmente los cincuenta kilómetros por hora sobre la superficie del terreno. Los flujos calientes de ceniza volcánica queman todo a su paso, matando y carbonizando por las altas temperaturas a cada ser vivo en el paisaje del desastre.

4 Antiguo nombre del río Sucio en el valle de Zapotitán.

Las viviendas y otras construcciones son sepultadas lentamente por alternantes capas de lodo gris y piedras menudas. Paredes de tapia y bahareque, armazones de palos y techos de zacate han colapsado por el fuego, el peso mismo de los depósitos de polvo húmedo y el impacto de bombas ígneas de hasta un metro de diámetro.

En varias horas o pocos días, el conjunto de estructuras de la antigua aldea prehispánica ha sido cubierto por unos seis metros de materiales volcánicos. El tiempo y la vida en cada domicilio, bodega o cocina, en cada espacio construido o cultivado en sus alrededores, se han detenido momentáneamente, letargo que durará muchos años en el subsuelo: el colorido paisaje ha quedado bajo ásperas sábanas de arena oscura; es sólo un recuerdo en la mente de sus moradores.

Ese largo sueño de Joya de Cerén, sin embargo, será interrumpido trece siglos después por la fuerza de tractores y los nuevos propósitos de uso para el valle. Aquellas horas infelices de diáspora y ruina, manifiestas en la evidencia fría y oculta dentro del suelo protector, saldrán fortuitamente a luz como consecuencia de estrategias alimentarias de la nación; de la búsqueda impaciente del arqueólogo; de la gestión de personas comprometidas con el patrimonio cultural del país. El afán de conocer la vida secreta de los antiguos seres humanos en este lado del mundo obligará, de allí en adelante, a entender mejor la relación entre nuestros antepasados y los volcanes a lo largo de su historia.

El Salvador es un territorio esencialmente volcánico, ubicado dentro de la gran franja tropical del planeta. La

ubicación específica en el joven istmo centroamericano, que separa a los océanos Pacífico y Atlántico, le permite poseer un clima cálido y húmedo. Los cambios que la alternación de las estaciones lluviosa y seca generan entre mayo y octubre, son los dominantes; aquellos que podemos percibir fácilmente (Browning 1982: 25-26). Como ha sucedido desde tiempos prehispánicos, ese ciclo transicional de invierno-verano-invierno rige todavía la vida normal de la población salvadoreña. Aunque ahora las condiciones socioeconómicas y políticas sean diferentes, la dinámica histórico-económica de los últimos 500 años está marcada por esa incidencia.

El territorio salvadoreño contiene cierta variedad de pequeños ambientes en sus apenas 21,000 km². Estos medios, sin embargo, permitieron el surgimiento y desarrollo de varias sociedades altamente organizadas, como sucedió en otras partes de Mesoamérica. El clima, la lluvia, considerables zonas de suelos fértiles, así como importantes recursos minerales, de flora y fauna determinaron dicho crecimiento (Fowler, Jr. 1995: 30).

Casi todo El Salvador es considerado como tierra caliente, debido a que un buen porcentaje de su territorio no alcanza los 1,000 metros sobre el nivel del mar. Las pocas tierras templadas, entre los 1,000 y los 2,000 metros, representan espacios muy quebrados, aunque de agradable temperatura. Solamente unas cuantas cimas sobrepasan los 2,000 metros en las sierras costera y del norte (frontera con Honduras), elementos geográficos estos últimos que dividen al país en dos explanadas levemente irregulares: la planicie costera (al sur) y la gran fosa central; ambos se extienden en una dirección aproximada este-oeste (Fowler, Jr. 31).

Todas estas zonas han sido ocupadas desde la antigüedad hasta nuestros días, aunque las tierras costeras o franja del Pacífico, así como los ricos valles centrales (Chalchuapa-Santa Ana, Zapotitán, San Miguel, Jiboa, cuenca media del Lempa y otros) siempre han albergado más población. Esto se debe a razones económicas, puesto que son tierras fértiles, importantes para los cultivos de cacao, maíz, caña de azúcar, jiquilite y algodón, algunos de ellos básicos para la economía de los pueblos nativos desde hace 4,000 años y la consiguiente evolución social que su manejo representa.

Aunque sigue siendo muy limitada, la historia del poblamiento humano, del desarrollo y la consolidación de diversas sociedades dentro del territorio salvadoreño en tiempos prehispánicos (es decir, antes de la llegada de los conquistadores españoles en el siglo XVI), permanece en construcción continua. Los argumentos sustentantes en la proposición de ideas, la explicación y la difusión de lo que se conoce al respecto, son el producto de numerosos trabajos efectuados dentro del marco de múltiples disciplinas como la arqueología, antropología, historia, etnohistoria, geología y paleobiología, entre otras.

De todos ellos, los estudios de carácter arqueológico son, sin duda, los que más aportan en el ejercicio, fortaleciendo sus avances con el apoyo de las disciplinas ya mencionadas. Esto se debe al carácter particular de sus métodos y técnicas mediante los cuales aborda su objeto de estudio directo: la *cultura material* como muestra concreta de las actividades realizadas por los antiguos miembros de una comunidad y la potencial interacción que se habría

dado entre ellos, hombres y mujeres, al efectuarlas. Casi todos los objetos obtenidos a partir de excavaciones, reconocimientos y colecciones en el terreno, así como las diversas manifestaciones económicas, sociales, políticas y culturales (arquitectura, escultura, entierros, fogones, etc.), que representan el modo de vida de aquellos pueblos antiguos, son formalmente analizados en ese tipo de estudios.

La arqueología es una disciplina histórico-antropológica que tiene como intención principal comprender el comportamiento humano en las sociedades del pasado, valiéndose del estudio de cada objeto o artefacto que los miembros de dichas sociedades crearon, produjeron, usaron y desearon. Le sirve, igualmente a la arqueóloga y al arqueólogo, toda manifestación material o espiritual, reflejada en cualquier elemento de la naturaleza y su espacio, que puede ser observada y registrada para su análisis; esto es, el paisaje modificado por los individuos en adaptación al medio como respuesta a sus propias necesidades, así como por la interacción entre ellos dentro de dicho contexto.

Todo este esfuerzo debe ser conducido hacia la explicación de ese comportamiento, así como de las razones socioculturales, políticas y económicas que lo motivaron; encaminado hacia la dilucidación del por qué los grupos humanos que habitaron estos territorios antes que nosotros, tuvieron ciertas formas de vida y cómo ello ha sido determinante en nuestra dinámica vital a través de los siglos; de cómo sigue siéndolo en el complejo presente que vivimos. Es decir, para escribir nuestra propia «biografía» como salvadoreñas y salvadoreños, es necesario ilustrarla

con una línea vinculante entre el pasado y el presente, siendo ahí donde la arqueología, antropología e historia juegan un destacado papel.

De ahí la importancia de manifestar que, en el transcurso del último siglo, un buen número de arqueólogos nacionales y extranjeros ha presentado alguna vez un panorama general de la historia prehispánica, colonial o republicana inicial de El Salvador; un sumario de los estudios realizados en el país o significativas interpretaciones sobre importantes sitios o zonas arqueológicas del territorio salvadoreño. Las publicaciones o los informes inéditos de estos investigadores y quienes colaboraron con ellos son referentes obligados para cualquiera que desee hacer arqueología en esta franja de tierra (Longyear, III 1944; Sheets 1984; Cobos 1994; Fowler, Jr. 1995; Albarracín-Jordan y Valdivieso 2013; Rivas 2015; Amaroli 2015; Valdivieso 2016; entre otros).

Una nueva generación de arqueólogos ha contribuido recientemente con nuevas y numerosas intervenciones, dirigiendo y apoyando el trabajo institucional del Estado en ese rubro, efectuando estudios particulares o realizando labores docentes en universidades locales. Cabe mencionar la importancia superlativa que ha significado la incorporación de estudiantes y profesionales de formación local a los esfuerzos en el quehacer arqueológico, antropológico e histórico de la nación, recurso humano entrenado en ámbitos autónomo-estatales y privados (Valdivieso 2010; Paredes y Erquicia 2013: 26-29; Escamilla 2015: 62-65). La consideración de nuevas tendencias en aquellas disciplinas, como el caso de los abordajes temáticos de género (que definiré en

párrafos más adelante), puede ofrecer mejores horizontes interpretativos.

Parece lejana aquella etapa (inicios del siglo XX) en la que se crearon las más elementales secuencias estratigráficas y culturales, basadas en el análisis de pocas excavaciones controladas y artefactos de colecciones particulares, recursos muy útiles para ofrecer —en aquellos momentos— las primeras explicaciones serias sobre antiguas ocupaciones humanas en el país. Poco después, entre los años cuarenta y setenta del siglo pasado, los extensos trabajos de descombramiento, excavación controlada, restauración y reconstrucción en los grupos monumentales de Tazumal (Santa Ana), San Andrés (La Libertad) y Cihuatán (San Salvador) pusieron la arqueología de El Salvador en la conciencia del gran público nacional, condición que se fortaleció con la apertura de museos locales y el reacomodamiento del Museo Nacional de aquella época en San Salvador.

Proyectos como los de Chalchuapa (Santa Ana) y Quelepa (San Miguel), dirigidos por estadounidenses en los años sesenta del siglo pasado, establecieron algunas de las más importantes secuencias cronológicas (evolución cultural a través del tiempo) conocidas en territorio salvadoreño y que, poco tiempo después, servirían para sustentar análisis de materiales como parte de nuevas investigaciones en el occidente y el oriente del país (Sharer 1978; Andrews, V. 1986); una especie de “biblias” de consulta para el quehacer arqueológico en estas zonas.

Los fenómenos sociales, económicos y políticos ocurridos en los años siguientes, durante los cuales se gestó, nació y desarrolló el conflicto armado interno, generaron

un ambiente con grandes dificultades para el crecimiento de la arqueología en El Salvador. En términos muy generales, Tazumal y San Andrés fueron algunos de los pocos espacios de acción sostenida en el plano arqueológico nacional durante ese período, debiendo agregarse a esta lista las depresiones media y oriental del Río Lempa (debido a la construcción de presas hidroeléctricas), el sitio Cara Sucia en occidente y los valles de San Salvador (que se exploró en la búsqueda de un antiguo señorío pipil), Zapotitán (para establecer patrones de asentamiento en la zona) y Sonsonate (con la identificación de numerosos sitios posclásicos de presencia previa inmediata a la conquista) (Cobos 1994: 31-46; Fowler, Jr. 1995: 19-29; Escamilla 2015: 62; entre otros).

Mención especial merece el descubrimiento de Joya de Cerén en la zona central del país, así como la serie de posteriores investigaciones llevadas a cabo en este poblado antiguo, cuyos aportes a la arqueología del sur de Mesoamérica han sido valiosos, considerando el contexto vital parcialmente conservado de dicha comunidad del período Clásico (segmento temporal entre los años 600 y 900 después de Cristo). Se trata de un escenario de vida aldeana de hace poco más de 1,300 años, cubierta por cenizas volcánicas en el transcurso de una erupción local de la época, evento hipotéticamente descrito al inicio del presente artículo.

Con el esfuerzo de científicos extranjeros y nacionales, así como de muchas personas vinculadas en la gestión de dicho trabajo, el producto de las investigaciones en Joya de Cerén ha permitido a mujeres y hombres especialistas —así como al público que hoy visita el sitio— acercarnos mucho al comportamiento cotidiano de los

antiguos pobladores de El Salvador. Ese comportamiento humano o comportamiento socializado se ve reflejado en el diseño y la disposición espacial de las viviendas, en la variedad de vasijas cerámicas y otros objetos destinados al almacenaje, la preparación y el servicio de los alimentos, así como en sorprendentes evidencias de sus cultivos agrícolas. La singularidad de este lugar fue considerada para nominación como Patrimonio de la Humanidad en 1993, por lo que ahora es el único sitio arqueológico del país en la lista de Patrimonio Mundial de la UNESCO.

Después de los Acuerdos de Paz en El Salvador se incrementaron los estudios cortos y de bajo presupuesto, aunque no de menor importancia, motivados en gran medida por el crecimiento urbano y la construcción asociada que supuso la coyuntura socioeconómica del momento. Sin embargo, varios proyectos en temporadas sostenidas han alimentado el conocimiento sobre el pasado prehispánico del país, particularmente las continuas intervenciones (incluso de conservación y protección) en Joya de Cerén, Tazumal, Casa Blanca, Ciudad Vieja, Cihuatán y San Andrés. Instituciones cooperantes de Europa, Japón, México y EE. UU. han sido importantes en dichas acciones, las que también se han visto realizadas en contextos urbanos, principalmente en centros históricos, abordando edificios o espacios de origen colonial y republicano.

En toda esta dinámica conservacionista y de investigación diversa, Joya de Cerén ha ocupado un lugar privilegiado dentro de la arqueología nacional, debido a los valores y recursos que el sitio ofrece para la ciencia y la educación, convencidos de que representa, además de un inmenso inventario de contextos únicos

«capturando» la vida cotidiana prehispánica, también un soporte importante en el fortalecimiento de la identidad sociocultural de los salvadoreños. El lugar en sí mismo, tanto sus sectores excavados como aquellos que permanecen bajo la superficie del terreno asociado (hay muchas otras estructuras identificadas mediante recursos tecnológicos de prospección remota), nos permite hacer sorprendentes aproximaciones a una realidad suspendida en el tiempo y el espacio, en tanto los componentes sujetos a investigación y análisis se observan mucho mejor conservados que en otros espacios.

La aldea prehispánica Joya de Cerén se ubica a 36 kms de San Salvador, en el sector norte del Valle de Zapotitán, sobre el costado poniente de la carretera que desde la capital conduce a San Juan Opico por la Ruta Panamericana (véase Ilustración 1). Fue descubierto por operadores de motoniveladoras en 1976, preparando el terreno para la colocación de silos o graneros administrados por el Estado. Pero no fue si no hasta 1978 que especialistas en arqueología se percataron del mismo, revisando los restos de una vivienda (ahora conocida como estructura 1) y una pequeña chinama (estructura 2 en ese entonces y estructura 5 en el actual registro), entre los que destacaban plataformas y columnas de barro, así como restos abundantes del techo de zacate carbonizado. Fueron precisamente los fragmentos de vasijas y otros materiales, en asociación a los componentes arquitectónicos de dichas estructuras, los que dieron la pauta para pensar en un espacio humano prehispánico enterrado bajo la superficie (Zier 1983: 119; Sheets, et.al. 1991: 10-11; Sheets 1997: 105-108; Sheets 2013: 37; Sheets 2018: 25-28).

Aunque se tuvo certeza de que había sido identificado un sitio de importantes valores científicos, históricos y culturales, no pudo ser intensivamente excavado sino hasta finales de la década de los años ochenta. Desde 1989, las temporadas de campo han sido numerosas y de variada magnitud, pues todavía se realizan pequeñas operaciones de sondeo en los antiguos sectores de sembradío, diversas ampliaciones en los taludes de excavaciones iniciales e intervenciones de conservación en las mismas estructuras (Sheets 2013: 39, 41; Sheets 2018: 28-30).

Cientos de vasijas y otros objetos de barro cocido, artefactos de piedra, restos de plantas y animales, entre otras cosas, fueron levantados de su posición original, tras registrar su ubicación exacta. Esos datos de oficio han ayudado a inferir una potencial vinculación de dichos objetos entre sí y de estos con los espacios que les contuvieron, en el supuesto de que muestran cuadros de la vida cotidiana de aquella época. Pero por si tal circunstancia no fuera ya sorprendente, los «mapas» con radar de penetración y otros recursos tecnológicos, elaborados para los terrenos aledaños al sitio, sugieren la existencia de muchas más edificaciones en el área como parte de la aldea prehispánica (Sheets 1997: 107-109; Sheets 2013: 54-57). Tales elementos convierten a Joya de Cerén en un escenario privilegiado para investigaciones temáticas de larga duración.

Once construcciones fueron excavadas durante las primeras temporadas de trabajo de campo por Sheets y colaboradores (véase plano del sitio o Ilustración 2), entre las que se tienen viviendas (estructuras 1 y 2), bodegas (estructuras 4, 6 y 7), una pequeña chinama (estructura 5, que no se observa en el plano mostrado, pero se ubica a pocos

metros hacia el poniente de la estructura 1), una cocina (estructura 11) y una serie de edificios “especiales”, con diseños muy distintos del resto de estructuras descubiertas hasta la fecha en el sitio: una “casa de consejo” (estructura 3, que podría haber tenido otra función y no la señalada), un edificio para baños de vapor (estructura 9), una casa de cofradía (estructura 10) y una construcción singular para actividades rituales (estructura 12). Grupos de estos edificios (véase la serie de fotografías o ilustraciones 3 a 6) han sido interpretados como moradas o unidades habitacionales, vinculando su cercanía y los objetos encontrados en cada uno, tanto dentro como inmediatamente fuera de ellos (McKee 1995: 69-71; Sheets 2013: 72-172).

Las estructuras 1, 5, 6 y 11 habrían constituido probablemente el conjunto doméstico para un grupo familiar (unidad habitacional 1, formando parte del Complejo 1 en las Ilustraciones 2 y 3), pues estaría integrado por una casa, una bodega, una pequeña chinama para usos varios y una cocina. Las estructuras 10 y 12 (Ilustración 4), apenas unos pocos metros al oriente de las antes descritas, podrían haber tenido otros usos, quizá rituales; pero realmente se desconoce su vinculación real con las primeras. Las estructuras 2 y 7 (unidad habitacional 2, formando parte del Complejo 2, ilustraciones 2 y 5) estarían en similares condiciones que aquellas de la unidad habitacional 1, pues corresponden a una casa y una bodega. Tampoco se han establecido bien las relaciones entre ellas y su cercana estructura 9, que pudo ser de uso comunitario y no necesariamente para una sola morada (McKee 1995: 69-71; Sheets 1997: 108-110; Sheets 2013: 72-163).

En más de una fuente bibliográfica se ha publicado

que la estructura 10 se habría usado para preparar comida que se consumiría en rituales o celebraciones realizadas por las personas de toda la aldea (v.g. Sheets 2013: 160). Aunque hay varios trabajos etnográficos en el área maya que describen la preparación de alimentos en cocinas comunales, donde varias mujeres dinamizan sus roles en espacios relativamente grandes y con decenas de artefactos relacionados (Gutiérrez 1989: 38-48), la vinculación de las estructuras 10 y 12 en Joya de Cerén, integradas a la unidad doméstica del Complejo 1, todavía debe ser cuestionada mediante el ejercicio de análisis que supondría encontrar más estructuras espacialmente asociadas al sector.

Hacia el poniente, las estructuras 3 (Ilustración 6) y 4 tampoco parecen integrar una misma unidad habitacional, pues a la primera se le asignan funciones comunitarias, mientras la estructura 4 es indiscutiblemente una bodega. Vale la pena mencionar, sin embargo, que la estructura 3 podría corresponder a otro concepto funcional (por ejemplo, una vivienda elitista) y estar de alguna manera asociada a la estructura 4 como parte de un mismo hogar (Amaroli 2015: 224). Existen referencias sobre viviendas de élite en las tierras bajas mayas que hacen pensar inevitablemente en la estructura 3 de Joya de Cerén, en tanto muestran dimensiones similares, amplias bancas dentro de habitaciones espaciosas y bien acabadas, así como sistemas constructivos diferentes a las viviendas dispersas del área de sostén (Santillán 1986); además, la estructura 3 de Joya de Cerén podría haber delimitado, sobre el borde poniente, una plazuela (otro rasgo de los grupos elitistas) del sector central del sitio excavado, al norte de la unidad habitacional 2 y al poniente de la 1.

Otras edificaciones han sido ubicadas mediante excavaciones de verificación, entre ellas la 8 (al sur de la 2), 13 (al norponiente de la 2), 14 (al sur de la 4), 15 (al norte de la 3), 16 (al norte de la 4 y quizá otra cocina, constituyendo la morada o unidad habitacional 3), 17 (unos veinte metros al sur de las estructuras 10 y 12) y 18 (probablemente otra cocina, cerca de la 9 o temazcal). Como áreas de sembradío se tienen parcelas de maíz en prácticamente alrededor de todos los grupos conocidos, un magueyal tras la estructura 4 y yucales en toda el área sur del sitio, con árboles frutales dispersos (Sheets 1997: 107; Sheets 2011: 211-213; Dixon 2011: 216-217; Sheets 2013: 72-163). Algunas especies de esos restos paleobotánicos han sido debidamente identificadas y clasificadas, ofreciendo un importante inventario comparativo con las encontradas en otros sitios mayas (Trabanino 2013: 168-170).

Con el apoyo de técnicos institucionales de MICULTURA (Ministerio de Cultura de El Salvador) y estudiantes universitarios de la especialidad, una bodega (estructura 19) contemporánea al resto de edificios ha sido descubierta y excavada recientemente por la arqueóloga nacional Michelle Toledo, como resultado de los trabajos de acondicionamiento de nuevos techos protectores para las edificaciones antes mencionadas (La Prensa Gráfica 2019). El hallazgo supondría la presencia de otra unidad habitacional en las proximidades de esta estructura, bajo la premisa de que dicha unidad respondería al patrón de asentamiento que integra, junto a la bodega, una casa y una cocina.

Se sabe que las construcciones fueron hechas de barro sólido en sus plataformas y paredes o columnas de un solo bloque (monolíticas); pero se aplicó barro también en

celosías (estructura 12) y varas para conformar unidades de bahareque en algunas estructuras (la estructura 9 tiene un domo en este material). Varas amarradas se han identificado como pared semiabierta en la estructura 11 y algunos adobes (con funciones no establecidas) se observaron en un costado de la estructura 7. Los techos tuvieron armazones de madera y zacate (Sheets 1997: 109; Alas, Schönfeld de Reyes y Sandoval 1999).

Sería largo mencionar los objetos encontrados en cada una de las edificaciones referidas, pero por las implicaciones que tienen en el tema de género puede apuntarse que decenas de vasijas cerámicas fueron levantadas de los cuartos en casi todas ellas, mayoritariamente de las bodegas; también piedras de moler y sus “manos” elaboradas a partir de roca volcánica, navajas completas o fragmentadas de obsidiana, figurillas antropomorfas, contrapesos de huso para embobinar hilo de algodón o fibra de maguey (referidos como “malacates” en la bibliografía arqueológica), roscas talladas en basalto (algunas fuentes refieren el término “piedras dona”), fragmentos de concha y hachuelas de piedra verduzca. Restos óseos animales o improntas de objetos elaborados en materiales orgánicos abundaron: un cráneo de venado a manera de máscara, esqueletos de ratones y un pato, jícaras pintadas, agujas de hueso, yaguales⁵, tabancos⁶, horquetas

5 Se conoce con este nombre a una especie de red de pita sujeta a un aro de palo, que se cuelga generalmente en las armazones de los techos de las viviendas rústicas. En ellas se colocan diversos objetos o alimentos, para resguardarlos de los roedores u otros animales (Ministerio de Cultura y Comunicaciones 1985: 33-34; Hartman 2001: 167-168). En varios lugares de El Salvador se les llama así también a las roscas de bejuco u hojas de guineo o banano, sobre las que se asientan —colocadas en el suelo— vasijas de fondo globular o convexo.

6 En algunos lugares del país, también se les conoce como «tapanco». El

para asentar las piedras de moler, petates, pitas y varas de pared (bahareque); también semillas de frijol, achiote, algodón, cacao y chile, algunas de ellas dentro de vasijas en las bodegas o en la cocina de la unidad doméstica 1 (Sheets, et.al. 1991; Simmons 1996; Sheets 1997; Schöenfeld de Reyes 1999; Sheets 2013; entre otros).

Todos estos elementos, muchos de ellos agrupados en la categoría de *cultura material* (en tanto productos del trabajo o modificados por el uso humano), han servido para romper esquemas explicativos en la arqueología tradicional del sur de Mesoamérica. Con el adecuado sustento teórico, el análisis puede ayudar a complementar importante información sobre la sociedad objeto de estudio.

Se ha dicho que la *cultura* lo abarca todo; que incluye todas las actividades de los seres humanos atendiendo una serie de normas sociales, las que suelen ser transmitidas a través de generaciones por medio del aprendizaje. Es decir, la *cultura* es una distinción humana (Kottak, 2006, p. 65). No puede haber *cultura* fuera de nuestra condición como seres formados dentro de una sociedad, cualquiera que esta sea y en cualquier lugar del mundo.

La *cultura* comprende las diversas expresiones materiales y espirituales de un grupo social o de cualquiera de sus miembros, incluyendo su modo de vida, sus derechos fundamentales, valores, tradiciones y creencias (UNESCO, 1982). Tiene que ver, entonces, no solamente con las letras y las artes, la educación formal (escolar o universitaria) o el «buen gusto» por ciertas cosas, sino

término se refiere a un pequeño desván al interior de las viviendas de tradición prehispánica (Hartman, 2001, p. 167).

también con la extensa gama de acciones y razones (en lo económico, social e ideológico) que determinan y definen nuestro comportamiento cotidiano, estemos conscientes o no de ello.

Expresiones concretas o tangibles de la *cultura* (pero que pueden contener una fuerte «carga» espiritual, ideológica o simbólica) son las series de artefactos u objetos usados para realizar un trabajo o cualquiera otra actividad vinculada al desarrollo de la existencia o supervivencia de los individuos — mujeres y hombres, niñas y niños — en una sociedad determinada. La elaboración de objetos de barro, piedra, madera, metal, fibras vegetales, concha y hueso, entre otros, para satisfacer ciertas necesidades materiales y estratégicas en general (almacenar, acarrear, cocinar, preparar hilo de algodón, pescar, etc.), biológicas (comer, beber, protegerse del frío, reproducirse, etc.) y espirituales (jugar, decorar, quemar incienso, ofrecer cosas en sacrificio a los dioses, enterrar o acompañar a los muertos, ¡crear música!...), fue una de las actividades más importantes y cotidianas de los antiguos pueblos que habitaron el territorio salvadoreño antes del proceso de conquista y colonización que los españoles iniciaron en el siglo XVI (1500 a 1600 después de Cristo o de nuestra era).

Esa tradición artesanal (algunos también nos referimos a ello como industrias domésticas), si bien con cambios significativos, aún permanece entre algunos pobladores del territorio nacional y ciertas regiones de México y Centroamérica como parte del área mesoamericana. La manufactura contemporánea de objetos de barro, piedra, madera y otros materiales ya indicados ha sido considerada *cultura popular tradicional*, debido a sus cualidades de

anonimato y transmisión generacional; son producidas por la gente de los pueblos o las clases populares de cada país, con aportes de las culturas precolombinas (cuyos hábitos, lenguas e ideologías aún persisten en estos territorios) y la herencia europea. Se trata de una expresión de vigencia colectiva (pues está socializada), empírica (debido a que no existen teorías para su aprendizaje, el cual se desarrolla directamente, por experiencia) y funcional, satisfaciendo necesidades biológicas, espirituales y materiales primarias (Cortázar 1974, citado por Déleon Meléndez 1987: 11-12).

Como parte de la vida de mujeres y hombres de muchos pueblos en el mundo, las artes de tradición popular siguen siendo objeto de estudio para comprender algunos aspectos de identidad sociocultural o reforzar la idea que se tiene acerca de este rasgo o fenómeno de la sociedad a la que pertenecemos⁷. Además, en el marco de la etnoarqueología, el estudio de la producción, la distribución, el uso en todas circunstancias y el desecho de estos objetos por los grupos humanos en el presente ofrece potenciales cuadros analógicos de tales actividades con las mismas en la antigüedad: *cultura material* del presente contrastada con *cultura material* del pasado, sin olvidar la motivación sociocultural del artesano en ambas circunstancias, incluyendo ensayos de aproximación a las relaciones entre mujeres y hombres usando tales objetos.

Anderson y Zinsser (2009: 36), aludiendo variadas opiniones profesionales, mencionan que la antropología estudia pueblos contemporáneos, haciendo comparaciones

7 Para ampliar el tema de identidad sociocultural de los salvadoreños, consúltese Carlos Benjamín Lara Martínez 1993, 1994 y 2005, entre otras publicaciones suyas; Gregorio Bello-Suazo 1999.

entre culturas en un intento por identificar patrones de comportamiento; pero que puede ser peligroso extrapolar hacia el pasado dichos patrones para deducir el comportamiento de grupos humanos antiguos. Los modos de vida modernos no son necesariamente los mismos que aquellos de la antigüedad. A pesar de estas posiciones, hay autores que explican cómo a lo largo de los años, las nuevas tendencias de investigación cooperativa entre la antropología y la arqueología han ido superando esquemas tradicionales de análisis a la conducta humana, a partir de la *cultura material*, tratando aspectos como estudios simbólicos y las dimensiones no utilitarias de ésta.

Sin embargo, aunque se considera básico en la etnoarqueología obtener datos por medio de trabajo de campo, con observación participante y haciendo énfasis en los derivados materiales de las conductas (producir, distribuir, consumir, desechar), las sociedades tradicionales como objeto de estudio están disminuyendo aceleradamente. La etnoarqueología, pues, tiene utilidad en la interpretación arqueológica cuando se intenta identificar las relaciones recurrentes entre *cultura material* y conducta humana; cuando se generan modelos para vincular derivados materiales con orden social y cuando se exploran formas de pensamiento distintas a las occidentales (Politis, 2002, pp. 69-70).

En la aldea prehispánica Joya de Cerén, muchas de las inferencias generadas a partir de los materiales y contextos excavados están fundamentadas en reportes etnográficos o etnoarqueológicos mesoamericanos, principalmente en estudios que abordan la especialización artesanal y la arqueología doméstica en el área maya (Sheets, 1997, pp.

110, 113). Los registros en comunidades contemporáneas y el apoyo de las aproximaciones etnohistóricas han permitido proponer funciones para objetos y espacios en el sitio. Todavía no se ha agotado, de manera sistemática y sostenida, el recurso similar que las fuentes salvadoreñas representan en el oficio y valdría la pena sensibilizar a mujeres y hombres profesionales al respecto para su investigación.

Aunque en arqueología existe conciencia de que factores naturales y androgénicos (generados por seres humanos) producen alteraciones en los contextos objeto de estudio (incluyendo los mismos investigadores), también se tiene la convicción de que estas circunstancias pueden ser superadas con la adecuada aplicación de métodos y técnicas soportadas por teorías observacionales y de interpretación. Con estas consideraciones, la etnoarqueología puede aportar valiosos recursos en ese sentido. El objetivo es entender las motivaciones detrás de cada artefacto y de las relaciones con otros en el espacio por determinación humana, comprender el comportamiento humano que generó su creación, uso y descarte.

La inesperada catástrofe obligó a los antiguos “joyanos” a abandonar sus hogares de manera repentina, dejando tras de sí sus apreciadas pertenencias y venerados espacios vitales. Es por ello que las especialistas y los peritos allí (a diferencia de aquellos sitios con abandonos lentos, graduados o planificados) pueden estudiar las condiciones de vida cotidiana de la gente que vivió en ese lugar. Arqueólogas y arqueólogos pueden, en Joya de Cerén, aproximarse a la cultura material de aquella época, con

sorprendentes resultados e insospechados detalles, quizá varias décadas más allá del 600 después de Cristo.

Debido al rápido abandono de la aldea, casi todos los objetos utilizados por sus antiguos pobladores fueron encontrados en las posiciones de uso, consumo o almacenaje. La presencia de artefactos orgánicos o de plantas diversas ha podido ser establecida por la impronta de estos, así como por su vaciado de yeso o “volumen virtual” manifiesto como resultado de la desintegración en la ceniza volcánica, la carbonización o la mineralización de aquellos elementos (McKee, 1995, p. 80; Sheets, 1997, p. 106). Por lo demás, la cerámica y los artefactos de otros materiales (piedra, concha, hueso, etc.), descubiertos dentro o fuera de las construcciones mediante una serie de métodos y técnicas particulares de la arqueología o de otras disciplinas en su apoyo, se encontraron en buenas condiciones para su análisis e interpretación.

Estas circunstancias ventajosas aportan o sugieren muchos más datos que las observadas en otros sitios mesoamericanos sobre las relaciones internas entre los miembros de las familias prehispánicas, así como entre éstas y sus vecinas locales, en el valle o a un nivel regional. La premisa es que una morada o cualquiera otra unidad de análisis científico, como representación segmentada de una cultura en el pasado, permite la identificación de actividades productivas, de consumo e intercambio — entre otras— generadas por los miembros de esa sociedad a la que pertenece: comportamiento humano concreto que responde a una determinada formación económico-social.

A pesar de ello, todavía es impreciso el conocimiento que todos estos elementos ofrecen en torno a las relaciones de

género en Joya de Cerén. Existen importantes esfuerzos, no solamente en Mesoamérica como generalidad, sino también de manera particular en El Salvador, para inferir desde la arqueología y la antropología sobre la diferenciación de funciones o actividades de mujeres y hombres observables en los contextos excavados. Pero se ha hecho muy poco para establecer las relaciones que por género tienen las mujeres con los hombres en esos contextos.

Las teorías que se refieren a las diferencias biológicas entre hombres y mujeres y de cómo dichas teorías determinan o sirven de criterios impositivos para construir estructuras sociales, culturales y psicológicas en la antigüedad (Déleon Meléndez 1998: 2), han sido todavía poco desarrolladas y aplicadas en la arqueología centroamericana, una circunstancia todavía más acentuada en nuestro país.

No es la intención de este artículo ampliar estas teorías y tampoco aplicarlas ahora a los objetos de estudio materiales o contextuales (rasgos) registrados en Joya de Cerén; el resultado sería significativamente extenso, además de atrevido por el hecho de que el autor del presente trabajo no ha explorado todavía con éxito varias de esas teorías. Pero es una oportunidad para llamar la atención de colegas en la disciplina sobre algunos de esos materiales y contextos como potenciales indicadores arqueológicos de oficios femeninos y probables recursos para conceptualizar sobre arqueología de género.

En cuanto a este concepto, Déleon Meléndez (1998: 2), antropóloga guatemalteca, explica que la “teoría sexo-género se refiere al sistema institucionalizado que asigna o distribuye los recursos, las propiedades o privilegios

a las personas según los roles de género, culturalmente definidos”. Indica que el “término sexo se refiere a las diferencias biológicas entre hombres y mujeres. En cambio, género se utiliza para hacer referencia a las estructuras sociales, culturales y psicológicas que se imponen a estas diferencias biológicas” (Ibid.). Y continúa aseverando que “el concepto de género surge y se expande como categoría que en lo social corresponde al sexo anatómico y fisiológico. El género es el sexo socialmente construido” (Ibid.).

En ese sentido, vale la pena mencionar también una afirmación de Teresita De Barbieri en su trabajo *Sobre la categoría de género: una introducción teórico-metodológica*:

“...los sistemas de sexo-género son los conjuntos de prácticas, símbolos, representaciones, normas y valores sociales que las sociedades elaboran a partir de la diferenciación sexual anatomofisiológica y que dan sentido a la satisfacción de los impulsos sexuales, a la reproducción de la especie humana y en general al relacionamiento entre personas. En términos durkheimianos son las tramas de relaciones sociales que determinan las relaciones de los seres humanos en tanto personas sexuadas (en Déleon Meléndez 1998: 3)”.

Los sistemas de género son sistemas de poder, resultantes del conflicto social y que incluyen también la cooperación entre personas de sexos distintos, relaciones de afecto y el reconocimiento personal en la práctica social, hasta asuntos “tan fundamentales como la trascendencia de la muerte” (Ibid.).

El *género* es una parte crítica del cuerpo teórico-metodológico con el que puede estudiarse la situación de la

mujer en relación con la del hombre. Se trata de “un enfoque que busca conocer y entender las identidades personales y sociales que han sido atribuidas a los individuos mediante construcciones culturales que van más allá de las diferencias biológicas”. La arqueología de género intenta evaluar, de manera crítica, las relaciones que se establecieron entre mujeres y hombres en antiguas sociedades, entendiendo esto como algo fundamental para comprender la dinámica social (López y Rodríguez-Shadow 2011: 7).

Sin embargo, el carácter frecuentemente positivista de la arqueología y la concepción común entre muchos de sus profesionales de que el *género* es biológico y no cultural, han determinado que la disciplina no haya avanzado mucho en esta especialidad. Hay que entender que los objetos arqueológicos pueden ser expresiones de la negociación de relaciones de género, pues las relaciones en este sentido son construcciones culturales. Si se estudian las actividades femeninas y los símbolos asociados a ellas, se puede conocer la participación que las mujeres habrían tenido en los procesos de producción y reproducción de sus sociedades (Ibid.).

Walburga Wiesheu (2006: 142-147), en alusión a varios trabajos sobre el tema, menciona que el *género* puede ser la categoría social primaria para determinar asignación de tareas. Hay una conexión estrecha entre *género* y división del trabajo. Por ejemplo, ciertos rubros artesanales han figurado como claros marcadores de identidad de *género*; tal es el caso de la textilería, que en Mesoamérica ha sido comparada metonímicamente -de manera figurada - con los roles reproductivos de las mujeres. Advierte la autora, sin embargo, que debemos de tener mucho cuidado con nuestras atribuciones de *género* cuando estudiamos

contextos de producción; que debemos ser más flexibles con dichas atribuciones. Hay que darle énfasis a la presencia posible de esquemas particulares de trabajo cooperativo hombre-mujer en varios rubros artesanales dentro de las unidades domésticas, tanto de élite como de gente común. Debe haber más puntualidad en la detección de dichas unidades o moradas, así como de las áreas de actividad dentro de ellas.

En relación a la producción de tejidos y de cerámica, Wiesheu (Ibid.) acota sobre la suposición frecuentemente aceptada de que las mujeres intervienen en la producción de bienes utilitarios, mientras los hombres lo hacen en la producción de bienes suntuarios; pero observa que existen reportes en el mundo donde se menciona a los hombres participando de actividades de tejido y elaboración de cerámica, aunque sus instrumentos de trabajo, al igual que los productos, están diferenciados. Cuando se identifica patrones de producción numerosa (industria) o de carácter dependiente, se piensa en hombres; pero desde la arqueología se tiene dudas sobre talleres de producción específica, pues, en unidades domésticas mesoamericanas, hay evidencias de la simultaneidad de logros de altos volúmenes de producción especializada de tiempo completo y variedad en los productos.

Nos damos cuenta de cómo la arqueología, buscando explicar actividades y relaciones humanas básicas, recurre con frecuencia a la *unidad doméstica* (o unidad habitacional), la que puede definirse como la residencia de la unidad básica de producción, o sea de la familia. Puede estar compuesta por varios espacios, entre los que se incluye la casa-habitación o estructura de vivienda, agrupando

diversas áreas de actividad. Este último es el concepto que se refiere a la unidad mínima con contenido social en el registro arqueológico e implica una o varias actividades ligadas a procesos de trabajo o funciones específicas. Un *área de actividad*, pensándola en la dimensión de *cultura material*, es la «concentración y asociación de materias primas, instrumentos o desechos en superficies o volúmenes específicos, que reflejen actividades particulares» y suelen encontrarse delimitadas espacialmente por elementos constructivos. Es la unidad básica de análisis del registro arqueológico, pues se asume como reflejo de acciones particulares repetidas con carácter social y trasfondo funcional específico (Manzanilla 1986: 9-11).

Los conceptos anteriores son importantes para su consideración en estudios de género, porque permiten abordar el tema del grupo doméstico; esto es, el grupo de individuos que comparten el mismo espacio físico para comer, descansar, crecer, dormir, procrear, producir, entre otros (Manzanilla 1986: 14). Sweely (2003: 156) efectuó un trabajo en Joya de Cerén donde se aproxima a las actividades sugeridas por el conjunto de materiales en asociación a espacios dentro de las unidades habitacionales del sitio o en su exterior inmediato. Luego de revisar informes presentados por los proyectos hasta el año 1996, y en estrecha comunicación con Sheets (director de los mismos), la autora menciona que la investigación de relaciones interpersonales requiere del conocimiento del nivel de los hogares (casas de familia) como parte del análisis arqueológico; con ello, también de los valores de la sociedad para marcar las distinciones entre sus miembros.

Las unidades domésticas son espacios críticos para

el estudio de género; junto a la edad de los moradores (como dato posible de establecer), sus diversos elementos determinan las actividades y las relaciones entre los miembros de la familia que allí conviven; las experiencias de estos, en grupo familiar, conforman sus identidades. Por otro lado, existe en arqueología la frecuente consideración de que la unidad doméstica es unitaria; esto es, sus miembros buscan las mismas metas bajo las mismas estrategias, incluso compartiendo una sola cosmovisión. Nuevos trabajos desde la perspectiva de género, sin embargo, han sugerido desigualdades en la unidad doméstica, las que sesgan la distribución del trabajo y de la riqueza, de la autoridad para tomar decisiones, lo que da ventaja a unos miembros sobre otros. En tal dirección, la unidad habitacional o doméstica puede orientar estudios para entender las políticas dentro de ella, pero suele haber problemas metodológicos para abordar el tema: se toca más lo vinculante a los procesos de producción, que aquellos aspectos relacionados con el poder y la negociación de funciones y carga domésticas (Brumfiel 2011: 175-192, integrando la opinión de varios autores).

Sheets (1997: 110; 2000: 218-219; 2013: 45-53) ha presentado varios planteamientos al respecto desde las orientaciones teóricas de la arqueología familiar y la especialización artesanal, aplicados también a Joya de Cerén. La primera, que tiene antecedentes en la arqueología de patrones de asentamiento y la etnoarqueología, enfatiza aspectos rituales y cotidianos del grupo residente de una unidad doméstica, usualmente familias, para reconstruir funciones de producción, transmisión, redistribución, etc. Sheets (en Wilk y Rathje 1982) también menciona que los hogares (unidades habitacionales) en las sociedades sedentarias se reflejan profundamente en la *cultura material*,

facilitando la identificación de actividades familiares. Se define al hogar como la unidad intermedia entre el individuo y el vecindario, con el comportamiento enfocado dentro del espacio de estructuras de casa y sus alrededores.

La especialización artesanal, como la segunda orientación teórica arriba indicada (Ibid.), se refiere a los mecanismos de producción para el intercambio y tiene que ver estrechamente con la producción en el hogar; ha sido contrastada en Joya de Cerén, en tanto que algunas estructuras y espacios exteriores asociados sugieren que sus moradores estaban cosechando u obteniendo materia prima excedente para sus propias necesidades, por lo que habrían producido artefactos o alimentos para el intercambio local (dentro de la aldea misma) o regional (con San Andrés u otros centros mayores a través de éste).

Sweely (2003: 165-166) explica varios “cuadros” de interpretación en dicha aldea prehispánica, en los que las unidades domésticas pudieron ser escenarios de especialización artesanal. Por ejemplo, se refiere a los moradores de la unidad habitacional 1 como productores de masa de maíz (o quizá de alimentos preparados) para la persona (o las personas) que habría(n) ocupado la estructura 10, pues en aquella unidad se identificaron varias piedras de moler en posición de funcionamiento y es difícil pensar que se requiriera tanta piedra de moler de uso simultáneo en una sola morada para las necesidades familiares. En tal caso, se especula que la estructura 10 podría haber sido la sede para una cofradía.

La misma unidad habitacional 1 arrojó la mayoría de los malacates registrados hasta ahora en el sitio (cinco de ocho ejemplares); se trata de contrapesos de huso para torcer hilo

de algodón, elaborados en barro cocido, por lo que se especula que las mujeres residentes (se piensa siempre en féminas para el oficio) habrían producido mantas para el consumo o el intercambio local (Sheets 2013: 76-79). La sola presencia de estos artefactos ha sido considerada por arqueólogas y arqueólogos como un indicador de actividad textil en las unidades domésticas; pero también como evidencia material para asignar función doméstica a una estructura.

Una limitación en el caso, para sustentar definitivamente tal función textil en la unidad habitacional 1 de Joya de Cerén, está dada por la ausencia de otros objetos utilizados en el proceso del tejido (por ejemplo, lanzaderas, los tensores de la urdimbre o los mismos husos o varitas para colocar el malacate), teniendo en cuenta las características de conservación de rasgos culturales en el sitio. Como Sweely indica (Ibid.), quizá por tratarse tradicionalmente de objetos elaborados en madera, estos se habrían desintegrado con el calor o el fuego y no fueron identificados durante las excavaciones, aunque también existe la posibilidad de que estos instrumentos de trabajo hayan sido transportados con otros de gran valor utilitario o espiritual durante la huida del lugar.

Por su pequeño número, los malacates de Joya de Cerén no pueden ser, por ahora, objeto de estudio cuantitativo en cuanto a formas y diseños, buscando patrones decorativos vinculados a clase social o aspectos políticos, ideas de cosmovisión o carácter unitario de la unidad doméstica. Pero hay trabajos en otros lugares de Mesoamérica que intentan probar la utilidad de estos artefactos, relacionándolos con vajillas cerámicas y ciertas actividades en las que todos estos objetos se usan, para

establecer aquellos aspectos (Parsons 1972; Amaroli 1987; Ponciano 1988; Arroyo 1993; Cossich 2008; Brumfiel 2011, entre otros).

Las condiciones examinadas en la estructura 4, vinculada composicionalmente a la unidad habitacional 3 (que poseería la cocina parcialmente identificada como estructura 16), sugieren que perteneció a una familia “más rica” que la residente en la unidad habitacional 1. Aquella estructura, una bodega, almacenó gran cantidad de semillas de cacao y algodón; además, tuvo una parcela cultivada de maguey en su sector sur, por lo que investigadores y especialistas en el sitio aducen que miembros de dicha familia (¿mujeres, hombres o ambos?) habrían procesado intensivamente la fibra de las plantas en un sector del edificio y elaborado pita para el uso doméstico propio o para el intercambio (Sheets 1997: 110). Sweely (2003: 163) agrega que esa capacidad de producir excedentes destinados al intercambio pudo haber dado poder como “comerciantes” a los miembros de la unidad habitacional 3.

Las diferencias existentes entre estructuras y sus contenidos se relacionan de manera íntima con la especialización artesanal. Por los artefactos encontrados en la unidad habitacional 1 de Joya de Cerén se dice que sus moradores privilegiaron las actividades agrícolas y la producción de instrumentos de piedra, particularmente andesita. Se afirma tal cosa por el hallazgo de una “coa” (bastón plantador) en la casa (estructura 1), teniendo en cuenta igualmente que había una milpa junto al jardín de la cocina (estructura 11); y que se registró, además, un número importante de piedras de moler (Sheets 1997: 109).

En cuanto a la unidad habitacional 2 es probable que sus habitantes también estuviesen dedicados a actividades agrícolas y domésticas, pues allí se tienen malacates, vasijas de varias dimensiones con granos dentro y pintura en tinajas miniatura, además de cuentas de jade y hueso (Ibid.).

Sin embargo, todavía hace falta establecer el papel por género en todas estas actividades sugeridas en Joya de Cerén. Serra Puche (1996: 209-214) menciona que existe una considerable cantidad de fuentes bibliográficas sobre los problemas de identificación de género en arqueología, algunas de las cuales privilegian el análisis de entierros en tanto se tiene restos óseos de mujeres y hombres (especialistas en antropología física deberán establecer el sexo de los individuos) asociados a diversos artefactos.

En Joya de Cerén, lastimosamente, no han sido encontrados entierros humanos mediante excavaciones controladas en las construcciones del período Clásico desde que se iniciaron las investigaciones sostenidas en 1989, como para hacer comparaciones de aproximación y confirmar género a ciertos espacios. Ello se debe, en parte, a que no ha sido conveniente romper los pisos de las estructuras en su búsqueda, atendiendo el patrón de entierros para las áreas domésticas en Mesoamérica. En otras palabras, existe la posibilidad de que haya restos de individuos enterrados bajo las plataformas de las casas en la aldea prehispánica, lo que los fecharía preliminarmente en aquel período (Amaroli 2015: 195), pero habría que alterar la integridad de las estructuras para saberlo, algo que en Joya de Cerén es por ahora inconcebible.

Para el sitio Xochitécatl, excavado en la zona central mexicana, Serra Puche (1996: 215) menciona varios

indicadores arqueológicos —directos o indirectos— de un carácter femenino: figurillas femeninas (en ofrendas), malacates, entierros de mujeres y la integración de todo ello al entorno. Recuerda la autora (Ibid.) que el malacate es un elemento vinculante de la actividad femenina con la fertilidad y el agua. Los dioses en Mesoamérica habrían otorgado el don de hilar y tejer a la mujer, actividades exclusivamente femeninas que redundaron en beneficio de la familia y la comunidad, siendo una actividad muy preciada.

Malacates se encuentran por montones en los campos donde yacen extensos sitios arqueológicos en El Salvador y Mesoamérica, pero solo una pequeña parte de ellos son registrados por arqueólogas y arqueólogos en excavaciones controladas. En Joya de Cerén, como se mencionó en párrafos anteriores, se reportaron al menos ocho ejemplares, vinculados aparentemente a espacios domésticos.⁸ Todavía siguen usándose en muchos pueblos mesoamericanos, pero en territorio salvadoreño parece que dejaron de utilizarse hace más de dos décadas (Amaroli 1987; Mena 2008; Villatoro y Rodríguez 2012).

El *malacate* es un “instrumento de barro que consiste en un contrapeso que se coloca en la punta de una varilla larga hecha de madera, la cual sirve para enrollar la fibra y de tal manera hacer el hilo” (Arroyo 1993: 138). El término se origina de la palabra náhuatl “malacatl” (México), que significa caña para retorcer, lo que incluye el contrapeso y la varilla juntos, constituyendo la bobina, y no solamente

8 Estos datos corresponden a etapas previas de investigación al período de excavaciones desarrollado por MICULTURA entre 2018 y 2019, cuando —incluso— fue descubierta otra estructura (la No. 19) al sur del complejo doméstico 1. Los informes científicos de esa temporada todavía no han sido revisados por el autor y el inventario de artefactos mencionados en el presente artículo podría ser mayor.

el artefacto de barro, hueso o madera que se coloca en un extremo. Suele ser nombrado de otras maneras en varios lugares de Mesoamérica, pero en contextos arqueológicos de Guatemala y El Salvador es comúnmente registrado con el término arriba indicado (Cossich, 2008, p. 33).

Se estima, además, que la diferencia de peso y forma en estos artefactos sugiere diferencia en las fibras a torcer o embobinar, aduciendo que los malacates más pequeños o finos se usan en el proceso de fibras finas (generalmente algodón), mientras que los malacates más pesados o burdos son usados para hacer cordel de agave. El huso, manipulado con movimientos giratorios por la artesana, debe girar a cierta velocidad sobre una base generalmente cóncava, la que suele ser un cuenco cerámico (escudilla o tazón) o de jícara o morro; en ocasiones se ha encontrado tiestos (fragmento de vasija rota) sirviendo como dichas bases. Aunque la mayoría de los malacates son hechos en barro, los puede haber de madera, hueso y piedra caliza. También hay varias formas de emplear los husos: movido sobre el muslo (quizá el método más primitivo), con el huso empuñado o con el huso suspendido (Mirambell y Sánchez 1986: 52, 54; Cossich 2008: 34).

Las crónicas de españoles y criollos en Mesoamérica permiten conocer, con ciertos detalles, la importancia de la artesanía textil entre los pueblos originarios al momento de la conquista en el siglo XVI. Algunos de ellos se refieren explícitamente a los artefactos para tejer como del género femenino: “...y si eran hembras las que se bautizaba, aparejábanla todas las alhajas mujeriles, que eran aderezos para tejer y para hilar, como era huso y rueca y lanzadera, y su petaquilla, y vaso para hilar, etc., y también su huipilejo y sus naguas pequeñas”

(Sahagún en Cossich 2008: 56).⁹

Estas menciones y muchas otras sobre malacates y la parafernalia que hilar y tejer en algodón o maguey encontramos, se constituyen como argumentos de apoyo desde la etnohistoria, la etnografía y la etnoarqueología para vincular dichos objetos con los oficios de mujeres en el registro arqueológico. La identificación de los artefactos (cultura material) y su posterior análisis sustentan los intentos de aproximación a dichos oficios y las probables relaciones de estos con esquemas de organización del trabajo por género entre los pueblos originarios.

Como vemos, un punto de partida para discutir sobre arqueología de género sigue siendo el concepto de *cultura material*. Para López Hernández (2011: 43-44), es el recurso básico cuando queremos entender que los objetos están involucrados en el establecimiento de las diferencias de género. Los objetos son los “compañeros en la cosmovisión del *género* y proveen mensajes primordiales sobre la construcción, el rol y el efecto del género. De esta manera, la cultura material es un componente integral de la vida social. En los materiales pueden observarse contenidos en donde se muestra al género y es necesario entender que los pensamientos están detrás de la cultura material. De modo que es importante analizar cómo el mundo material determina, en alguna medida, la estructuración y constitución del pensamiento. La cultura material tiene una naturaleza activa.

Cuando se hace arqueología de género se puede ver la

9 El trabajo de Cossich presenta una amplia compilación de referencias en crónicas coloniales sobre oficios femeninos observados entre los grupos originarios de México, principalmente de naturaleza textil.

cadena que forman los objetos: de éstos se va a los símbolos y de los símbolos a los valores. Revisando estas cadenas se sabe «que los restos materiales están cargados de ideología que puede conocerse». Por medio de la *cultura material*, los arqueólogos pueden examinar la carga significativa que portan los objetos. De modo que a partir de ellos se puede dilucidar sobre: a) factores influyentes en la naturaleza de las relaciones entre hombres y mujeres; b) circunstancias en que mujeres y hombres practican influencias y poder; y c) maneras en que arreglos de género estructuran o afectan las respuestas del grupo ante ciertas condiciones sociales y ambientales. Por ello, cuando se excava debe ponerse especial atención en la distribución espacial de los artefactos, estructura y restos materiales, pues proveen información sobre el diario vivir y las prácticas rituales de los individuos (Ibid.).

Este enfoque nos ayudará a acercarnos a los espacios femeninos en las sociedades del pasado. Pero aplicar llanamente la perspectiva de género al objeto de estudio, sin considerar el contexto religioso, histórico y social en que vivieron los individuos que se desea estudiar, conduce a una construcción artificial; descontextualizar los datos, y aplicar esta visión sin atender la cosmovisión y la ideología de los pueblos, no produciría información fiable para entender adecuadamente las culturas (Ibid.).

Joya de Cerén nos ofrece extraordinarios contextos para hacer múltiples esfuerzos en la plataforma temática de la arqueología de género. Sabemos que, con esta visión, oficios masculinos también podrán ser mejor identificados y, en consecuencia, los correspondientes a mujeres serían mejor comprendidos en su relación con aquellos. Una

limitante para esos intentos en la antigua aldea prehispánica sigue siendo el todavía muy poco conocimiento sobre la comunidad entera. Se dice y se escribe mucho con lo visto hasta ahora en tan restringida área del sitio; pero, con toda seguridad, nuestras ideas del mismo basadas en una pequeña parcialidad, podrían cambiar drásticamente en unos años, cuando más estructuras vean nuevamente la luz del sol... y la de nuestros ojos sorprendidos.

Referencias

- Alas, R., Shönfeld de Reyes, D. y Sandoval, O.** (1999). *Síntesis de Técnicas Constructivas empleadas en la arquitectura prehispánica del Sitio Joya de Cerén. Joya de Cerén, El Salvador: Proyecto Iniciativa Maya*. Presentado a la Dirección de Patrimonio Cultural de El Salvador, San Salvador: mecanoscrito no publicado.
- Albarracín-Jordan, J. y Valdivieso, F.** (2013). *Pasado, presente y futuro de la arqueología en El Salvador. Identidades*, Año 4, No. 6, 59-93.
- Amaroli, P.** (1987). *Informe preliminar de las excavaciones arqueológicas en Cara Sucia. Departamento de Ahuachapán, El Salvador. Capítulo VII*. Presentado a la Dirección de Patrimonio Cultural de El Salvador, San Salvador: mecanoscrito no publicado.
- Amaroli, P.** (2015). *Arqueología de El Salvador*. San Salvador: FUNDAR.
- Anderson, B., y Zinsser, J.** (2009). *Historia de las Mujeres. Una historia propia*. Barcelona: Crítica.

- Andrews, V., W.** (1986). *La arqueología de Quelepa*. San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos.
- Arroyo, B.** (1993). “Malacates de Balberta”, en Frederick Bove, et. al. (Eds.). *El Proyecto Balberta. La transición entre el Formativo Terminal y el Clásico temprano en la Costa Pacífica de Guatemala*. (Pp. 137-143). Pittsburgh, EUA: University of Pittsburgh.
- Bello Suazo, G.** (1999). “Identidad nacional y memoria colectiva: elementos para su discusión”. En Óscar Martínez Peñate (Ed.), *El Salvador. Sociología general* (pp. 55-66). San Salvador: Editorial Nuevo Enfoque.
- Browning, D.** (1982). *El Salvador, la tierra y el hombre*. San Salvador: Dirección de Publicaciones.
- Brumfiel, E. M.** (2011). “Política doméstica en el México posclásico: variabilidad y estandarización en los motivos decorativos”, en M. López Hernández y M. J. Rodríguez-Shadow (Eds.), *Género y sexualidad en el México antiguo*, (pp. 175-192). Puebla, México: Centro de Estudios de Antropología de la Mujer.
- Cobos, R.** (1994). *Síntesis de la arqueología de El Salvador (1850-1991)*. San Salvador: Consejo Nacional para la Cultura y el Arte, Dirección General de Publicaciones e Impresos.
- CONCULTURA / The Getty Conservation Institute** (2000). *Iniciativa Maya, Joya de Cerén, El Salvador, campaña de marzo-abril. Analysis of the Structures and Preliminary Assessment*. San Salvador: Presentado a la Dirección de Patrimonio Cultural; mecanoscrito no publicado.
- Cossich, M.** (2008). *Malacates. Análisis del material de la Costa Sur y del Atlas Arqueológico de Guatemala*. Tesis de

Licenciatura en Arqueología, Escuela de Historia, USAC, Guatemala.

Déleon Meléndez, O. (1987). “Criterios fundamentales para la comprensión y valoración de la cultura popular o culturas populares”. *Tradiciones de Guatemala*, 27, 9-18.

Déleon Meléndez, O. (1998). “Mujer indígena y cultura popular tradicional: Protagonista en la conservación y transmisión. (Un planteamiento teórico y una propuesta de investigación desde una perspectiva de género)”. *Tradiciones de Guatemala*, 49, 1-14.

Dixon, C. (2011). Rethinking southeast Maya agricultura: A view from the manioc fields of Joya de Cerén, El Salvador. *La Universidad*, No. 14-15, 215-227.

Escamilla, M. (2015). ¿Arqueología Salvadoreña? Una utopía en construcción. *Entorno*, No. 58, 61-67.

Fowler, Jr., W. (1995). *El Salvador. Antiguas civilizaciones*. San Salvador: Banco Agrícola Comercial de El Salvador.

Gutiérrez, E. S. (1989). *Cocinas comunales asociadas con agricultura intensiva (sistema de irrigación) en el sitio arqueológico Kaminaljuyú/San Jorge, Guatemala*. Tesis de Licenciatura en Arqueología, Escuela de Historia, USAC, Guatemala.

Hartman, C. V. (2001). Reconocimiento etnográfico de los Aztecas de El Salvador. *Mesoamérica*, 21, 146-191.

Kottak, C. P. (2006). *Antropología Cultural*. Madrid: McGraw Hill.

La Prensa Gráfica (2019). <https://www.laprensagrafica.com/cultura/Estos-son-los-nuevos-hallazgos-encontrados-en-Joya-de-Ceren-20190524-0387.html>

- Lara Martínez, C. B.** (1993). Consideraciones sobre la problemática indígena en El Salvador. *Boletín del Departamento de Antropología*, año V, n.º 6. San Salvador: Consejo Nacional para la Cultura y el Arte, Dirección General del Patrimonio Cultural.
- Lara Martínez, C. B.** (1994). *Salvadoreños en Calgary: El proceso de configuración de un nuevo grupo étnico*. San Salvador, El Salvador: Consejo Nacional para la Cultura y el Arte, Dirección General del Patrimonio Cultural.
- Lara Martínez, C. B.** (2005). La dinámica de las identidades en El Salvador. *ECA*, mayo-junio, 1-20.
- Longyear, III, J.** (1944). Archaeological Investigations in El Salvador. *Memoirs of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology*, vol. 9, No. 2. Cambridge, Estados Unidos: Harvard University.
- López Hernández, M.** (2011). La perspectiva de género en arqueología. En M. López Hernández y M. J. Rodríguez-Shadow (Eds.), *Género y sexualidad en el México antiguo* (pp. 35-48). Puebla, México: Centro de Estudios de Antropología de la Mujer.
- López Hernández, M. y Rodríguez-Shadow, M. J.** (2011). Presentación. En M. López Hernández y M. J. Rodríguez-Shadow (Eds.), *Género y sexualidad en el México antiguo* (pp. 7-14). Puebla, México: Centro de Estudios de Antropología de la Mujer.
- Manzanilla, L.** (1986). Introducción. En L. Manzanilla (Ed.), *Unidades habitacionales mesoamericanas y sus áreas de actividad*, (pp. 9-18). México: Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, Serie Antropológica, 76.

- McKee, B.** (1995). La reutilización de materiales arqueológicos en el sitio Cerén, El Salvador. En J.P. Laporte y H. Escobedo (Eds.), *VIII Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala, 1994*, (pp. 79-90). Guatemala: Museo Nacional de Arqueología y Etnología, Ministerio de Cultura y Deportes, IDAEH, Asociación Tikal.
- Mena, G.** (2008). *Presencia del malacate en la producción textil artesanal salvadoreña*. Tesis de licenciatura no publicada, Arqueología, UTEC, San Salvador.
- Ministerio de Cultura y Comunicaciones** (1985). *Etnografía de El Salvador*. San Salvador: Departamento de Etnografía, Departamento de Investigaciones, Dirección de Patrimonio Cultural, Dirección de Publicaciones.
- Mirambell, L. y Sánchez, F.** (1986). *Materiales arqueológicos de origen orgánico: textiles*. México, D.F.: INAH, Cuaderno de Trabajo 30.
- Paredes, F. y Erquicia, H.** (2013). Los conceptos de pasado histórico, Estado y patrimonio como elementos indispensables para la elaboración de una biografía crítica de la arqueología salvadoreña. *Identidades*, Año 4, No. 6, 9-31.
- Parsons, M.** (1972). Spindle Whorls from the Teotihuacan Valley, Mexico. *Miscellaneous Studies in Mexican Prehistory*, No. 45, 45-79.
- Politis, G.** (2002). Acerca de la etnoarqueología en América del Sur. *Horizontes Antropológicos*, año 8, No. 18, pp. 61-91.
- Ponciano, E.** (1988). *Un sector habitacional Clásico Tardío, Sitio Arqueológico Flamenco, Retalhuleu, Guatemala*. Tesis

de licenciatura no publicada, Arqueología, USAC, Guatemala.

Rivas, R. (2015). *Antropología en El Salvador. Un recorrido histórico y descriptivo*. San Salvador: Editorial Universitaria.

Santillán, P. (1986). La Vivienda en las Tierras Bajas Mayas. En L. Manzanilla (Ed.), *Unidades habitacionales mesoamericanas y sus áreas de actividad* (pp. 399-423). México: Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, Serie Antropológica, 76.

Serra Puche, M.C. (1996). Evidencias e indicadores arqueológicos de la presencia femenina en Xochitécatl, Tlaxcala, México. *Anales de Antropología*, vol. 33, (pp. 207-236). México: Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM.

Sharer, R. (1978). *The Prehistory of Chalchuapa, El Salvador*. Philadelphia, USA: University of Pennsylvania Press.

Sheets, P. (1984). The Prehistory of El Salvador: An Interpretative Summary. En F. Lange y D. Stone (Eds.), *The Archaeology of Lower Central América* (pp. 275-294). Albuquerque: University of New México Press.

Sheets, P. (1997). Educación, conservación de arquitectura y artefactos e investigaciones multidisciplinarias en Joya de Cerén, El Salvador. En J. A. Valdés (Ed.), *Criterios de Intervención Arqueológica en Ciudades Mayas* (pp. 103-116). Guatemala: IDAEH, Ministerio de Cultura y Deportes.

Sheets, P. (2000). Provisioning the Ceren Household. *Ancient Mesoamerica*, 11, 217-230.

- Sheets, P.** (2011). Resumen de las investigaciones geofísicas y arqueológicas al sur de Joya de Cerén, 2007. *La Universidad*, No. 14-15. San Salvador: Editorial Universitaria.
- Sheets, P.** (2013). *Joya de Cerén. Patrimonio Cultural de la Humanidad. 1993-2013*. San Salvador: Editorial Universitaria.
- Sheets, P.** (2018). Cuatro Décadas de Investigaciones en Joya de Cerén. En *Patrimonio, Cultura e Identidad: 1978 a 2018*, pp. 23-43. San Salvador: UTEC.
- Sheets, P., et. al.** (1991). *Arqueología Doméstica en Joya de Cerén*. San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, Ministerio de Educación.
- Schönfeld de Reyes, D.** (1999). *Historia de las Excavaciones (Joya de Cerén)*. El Salvador: Coordinación de Arqueología, Dirección de Investigaciones, Dirección de Patrimonio Cultural, CONCULTURA. Mecanoscrito inédito.
- Simmons, S. E.** (1996). *The households of Cerén: Form and function in Middle Classic period El Salvador*. Tesis doctoral, University of Colorado, USA .
- Sweely, T. L.** (2003). Gender, space, people and power at Ceren, El Salvador. En T. Sweely (Ed.), *Manifesting Power. Gender and the interpretation of power in archaeology*. Third edition (first at 1999), (pp. 155-171). New York, USA: Routledge.
- UNESCO.** (1982). *Declaración de México sobre las Políticas Culturales. Conferencia Mundial sobre las Políticas Culturales*. México.

- Valdivieso, F.** (2010). Remembranzas de un departamento de Arqueología con los primeros arqueólogos formados en El Salvador. *Kóot*, Año 1, No. 2, 77-99.
- Valdivieso, F.** (2016). Lo urbano y lo rural: dos realidades distintas para la interpretación del pasado reciente en El Salvador desde la perspectiva arqueológica. *Revista de Humanidades*, 49-84.
- Villatoro, I. y Rodríguez, M.** (2012). *El telar de cintura de Panchimalco: Reducto de la producción textil tradicional de El Salvador*. Informe de investigación para el curso Centroamérica Precolombina, Antropología Sociocultural, Universidad de El Salvador, San Salvador.
- Wiesheu, W.** (2006). Arqueología de género y patrones de especialización artesanal. *Cuiculco*, año/vol. 13, n.º 036, 139-149.
- Zier, C.** (1983). The Cerén Site: A Classic Period Maya Residence and Agricultural Field in the Zapotitán Valley. En P. Sheets (Ed.), *Archeology and Volcanism in Central America* (pp. 119-143). Austin, Tex., USA: University of Texas Press.

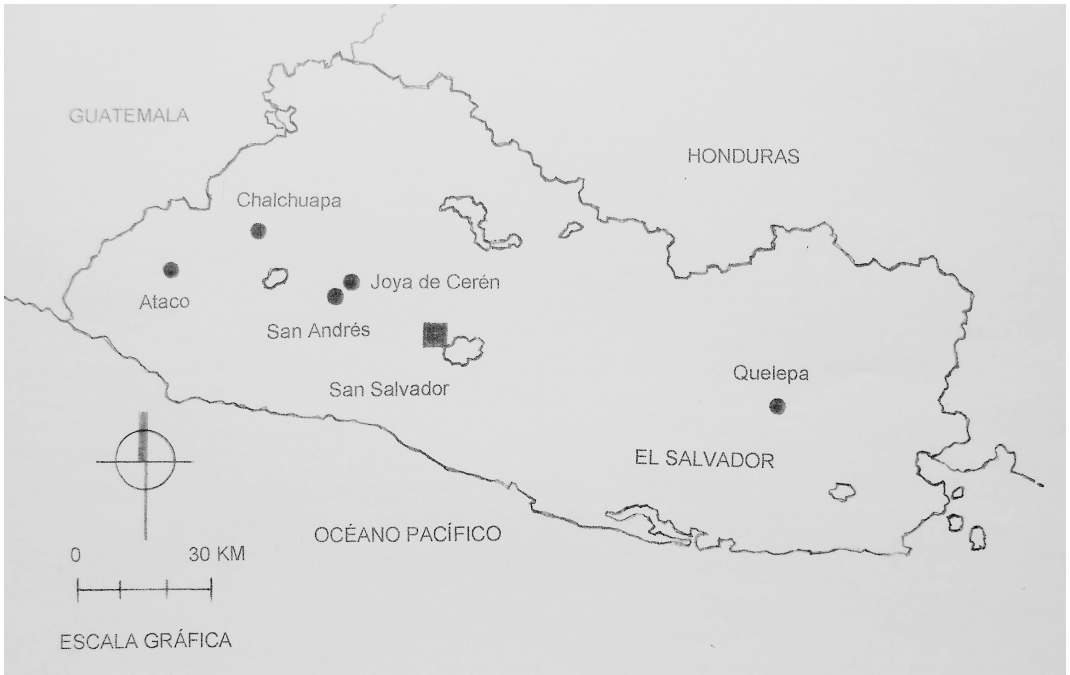


Ilustración 7. Joya de Cerén, ubicación de la aldea arqueológica en territorio salvadoreño.

Véase la cercanía con San Andrés, el sitio mayor en el valle de Zapotitán.

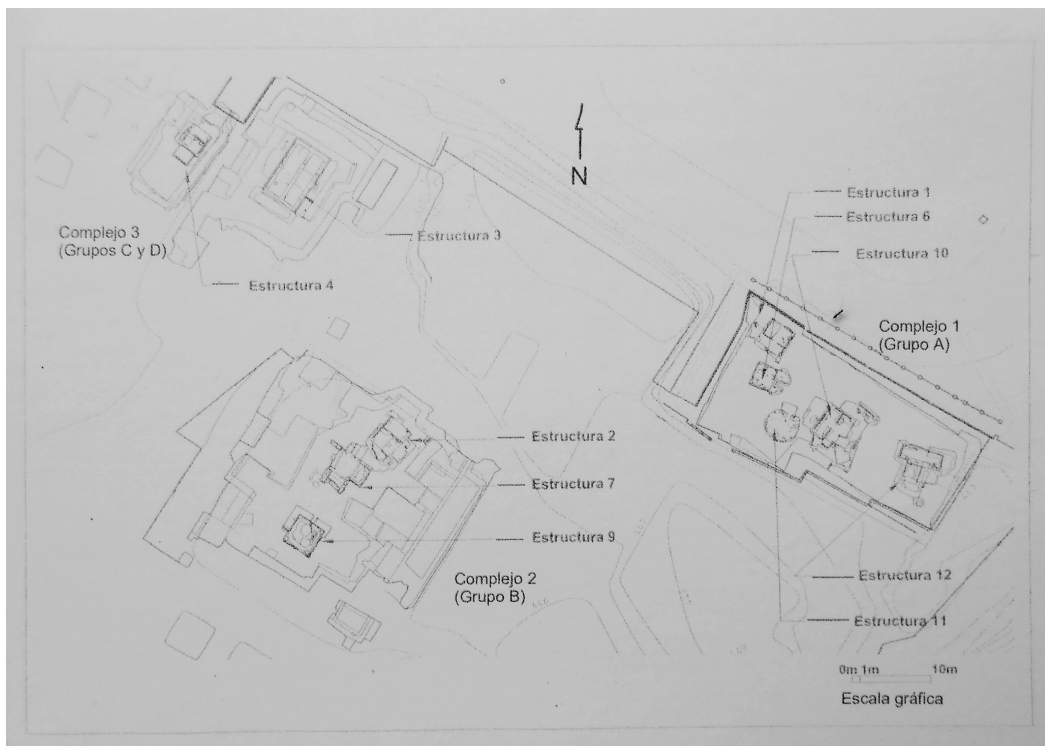


Ilustración 8. Joya de Cerén, plano de complejos de estructuras (Adaptado de CONCULTURA / The Getty Conservation Institute, 2000)



Ilustración 3. Estructura 1 (casa de habitación, al fondo de la imagen); estructura 6 (al centro) y estructura 11 (de planta circular, en primer plano). La primera de ellas habría sido usada como casa de habitación; la segunda, como bodega; la última mencionada era cocina (se observan las piedras que sostenían vasijas para preparar alimentos). Los surcos al lado izquierdo de la imagen, obtenida desde el lado sur del conjunto, muestran la ubicación de la milpa en el sector (foto del autor).



Ilustración 4. Estructura 12 (en primer plano, vista desde el nororiente), posiblemente de uso ritual; la estructura 10, al fondo, habría sido un espacio de preparación de alimentos durante actividades rituales; una especie de “casa de cofradía” (foto del autor).



Ilustración 5. Complejo 2 de Joya de Cerén, visto desde el norte. En primer plano, a la izquierda, se observa la estructura 2; a la derecha y al centro, con las paredes colapsadas, la estructura 7; al fondo y derecha, la estructura 9 (baño de vapor). Bajo los bloques cuadrangulares de ceniza, a la izquierda, hay restos de una milpa (foto del autor).



Ilustración 6. Estructura 3, vista desde el nororiente. Véase la robustez de sus paredes y la presencia de pequeños nichos interiores en la del costado poniente. La puerta de ingreso está sellada por ceniza y arena volcánicas lanzadas por Loma Caldera, posiblemente en el siglo VII después de Cristo (foto del autor).